

WARHAMMER
40,000



EL REY
DOS VECES MUERTO
RUINA



NATE CROWLEY

minotauro



EL REY
DOS VECES MUERTO
RUINA

A small, stylized sun or star symbol with a central dot and four radiating lines, positioned below the horizontal line.

NATE CROWLEY

minotauro

Título: *El rey dos veces muerto nº 01 Ruina*

Versión original inglesa publicada por Black Library.
The Twice Dead King: Ruin © Copyright Games Workshop Limited 2021.

The Twice Dead King: Ruin, El rey dos veces muerto: Ruina, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Título original: *The Twice Dead King: Ruin*
Ilustración de la cubierta: Vladimir Krisetskiy

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rocío Morón
Edición corregida por Juan Pascual Martínez

ISBN: 978-84-450-1512-4
Depósito legal: B. 4246-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



CAPÍTULO UNO

CRIATURAS PATÉTICAS

—¿Cómo hemos llegado a esto? —gruñó Oltyx para sí, en voz tan queda como el viento helado, al darse cuenta de la presencia de la criatura que se desangraba sobre las losas de piedra. En otra época, Oltyx era el vástago más brillante de un imperio que había gobernado sobre un millar de estrellas. El kynazh, nada menos: el tercero en importancia de la gran Casa de Ithakas, destinado algún día a ocupar el trono dinástico. Pero las cosas no habían salido así y había acabado aquí.

Sedh: una bola de aguanieve tóxica tan debilitada que ya no giraba, sino que se revolcaba en su sitio, con un hemisferio vuelto para siempre hacia su moribundo sol. Un mundo fronterizo desolado, hogar solo de parias y lunáticos, justo en el límite del espacio ithakano. Cuando el dinasta Unnas despojó a Oltyx de su derecho de nacimiento y lo expulsó de la casa real, lo nombró nomarca de Sedh. En otras palabras: lo exilió a un crepúsculo infinito, ocupado en repeler las incursiones de alimañas del otro lado de la frontera. Y ahora, a juzgar por el tembloroso bulto verde que comenzaba a manchar la nieve en el borde de su campo de visión, parecía que se estaba quedando sin los recursos necesarios para hacer siquiera eso.

Incluso un humilde nomarca estaba por encima de la repugnante tarea de limpiar desechos orgánicos. Pero Oltyx ya notaba su partición doctrinal, que albergaba la primera de sus submentes, cada vez más alborotada de indignación por la intrusión y sabía por amarga experiencia

que no dejaría de hostigarlo hasta que él mismo se encargara de la criatura herida.

«Cansada está la cabeza que porta la corona», pensó sombríamente, y comenzó a descender los anchos escalones de la entrada del sepulcro hasta donde yacía el intruso.

Las puertas del Osario estaban precedidas por un austero pórtico, tallado en una cornisa que sobresalía de la pared rocosa en la que se había construido el complejo. Oltyx llevaba las últimas doce horas de pie a su sombra, con la vista clavada más allá del pelotón de infantería, taciturno. No cabía duda de que el intruso lo había tomado por parte de la arquitectura: la estatua erosionada de un gigante esquelético, tan quieta e inerte como las columnas que había junto a ella. Pero, si hubiera mirado con más atención a través de la creciente nevada, habría visto el debilísimo resplandor del fuego esmeralda arder, como carbones moribundos, a través de los huecos entre sus costillas de hierro. Ahora, mientras su ira ascendía desde las profundidades de su flujo nuclear, esos carbones empezaron a llamear, extendiendo su furia hasta los nodos de descarga dispuestos por su cuerpo, hasta que brillaron lo suficiente para proyectar a su paso un halo verde sobre la nieve.

La ira de Oltyx nunca se aplacaba del todo. Siempre estaba ahí, a la espera de una razón para crecer. Y ahora tenía varias. Estaba enfadado con las legiones, que debían ser una extensión de su propia mano, por no haber conseguido mantener la línea. Estaba enfadado con los que lo habían exiliado y lo habían reducido a esto. Pero, sobre todo, estaba enfadado con la criatura.

Puede que Sedh fuera un territorio intrascendente y su puesto allí, un calculado insulto de parte de Unnas, pero, por más que fuera un agujero inhóspito, atrasado y anegado de tóxicos, seguía siendo un mundo de Ithakas y de los necrontyr. Su propiedad, establecida hacía una eternidad, nunca podría rendirse. Cada pulgada de tierra que hubiera dentro de sus milenarias fronteras, incluso un peñasco tan exiguo como Sedh, era *kemmeth*: un terrero solo apto para los dioses y sus siervos, sagrado más allá de la comprensión de la carne. Allí no había lugar para los vivos.

Ese sepulcro era un sitio aún más sagrado. El Gran Osario, aunque no era nada en comparación con las tumbas del mundo-corona Antikef, era el complejo sepulcral más importante de Sedh. Era el bastión

y lugar de descanso de los señores de ese puesto fronterizo, y los que se habían levantado aún mantenían allí su base, mientras que sus galerías albergaban a quienes aún permanecían atrapados en el Gran Letargo. Y, por supuesto, en sus catacumbas más profundas se escondía la lúgubre y creciente muchedumbre de los que habían despertado solo para caer en la segunda muerte de la maldición.

Ithakas habían despertado mucho antes que sus dinastías vecinas y el Osario se había mantenido como un bastión fronterizo en aquellos fieros y orgullosos años de reconquista. Había permanecido impenetrable durante los siguientes largos siglos, pese a las interminables incursiones de las advenedizas especies ávidas de territorio de los Impuros. Aun cuando la dinastía había empezado a caer en declive, su santidad se había mantenido, gracias a la incansable vigilancia de la menguante guarnición de Sedh. Pero ahora, bajo la mirada de Oltyx, sus piedras habían sido mancilladas.

El intruso solo había conseguido llegar hasta el Témenos, el recinto sagrado que rodeaba la entrada del sepulcro. Pero, como ya le estaba recordando el beato susurro procedente de su partición doctrinal, eso ya era una transgresión lo bastante grave.

La cicatriz infligida al honor de mi señor, dijo con desprecio, rezumando patricio desdén, será indeleble.

Oltyx examinó al intruso y estuvo de acuerdo. La profanación había ocurrido a manos de la que quizá fuera la más patética de todas las criaturas impuras que se había encontrado Oltyx en su larga vida. Fulminando aquella cosa con la mirada, pidió una designación a su partición xenológica.

«Grohtt», le dijo su quinta submente al cabo de un momento, «es el nombre de esta criatura en la lengua de los orkos».

—Grohtt —murmuró Oltyx en voz alta, tras dar vueltas a la palabra en su búfer vocal como si se tratara de una bola de porquería. Al menos, el enemigo tenía talento para las onomatopeyas. La bestia resultaba tan asquerosa como sonaba su nombre. Gimoteando y jadeando a través del pecho perforado, la escuálida criatura verde era la encarnación de la furtiva cobardía animal. Sin embargo, era resistente. La bestia-esclava se había arrastrado dos *khet* desde donde había caído, hasta la línea de infantería, y había ido dejando un largo manchurrón en la nieve cenicienta, que era lo que más asqueaba a Oltyx.

—¿Es que no puede morir y punto? —preguntó en voz alta, a nadie más que a sí mismo—. ¿Tiene que *restregarse* por todas partes?

Ahora, para su aguda repulsión, el ser había enganchado una inmundada garra en la base de la escalera y había empezado a arrastrarse hacia arriba. Oltyx bajó majestuosamente los últimos escalones para interceptarlo, rápido y silencioso como un ave de presa cayendo en picado. Para entonces, estaba *extremadamente* molesto.

Había habido ocho oleadas de grohtts hasta ese momento, enviados desde las líneas orkas para que corrieran por la llanura cubierta de lodo y nieve hasta el Osario. De si era que los orkos eran tan tontos como para tener la esperanza de agotar la munición de los defensores o que les parecía divertido enviar a sus esclavos a la muerte, Oltyx no tenía ni idea. Al fin y al cabo, los orkos eran tan estúpidos como crueles. De una u otra forma, oleada tras oleada habían sido segadas como juncos en la línea necrona, extinguidas con arcaica eficiencia, pese al deplorable estado de la guarnición. O, al menos, eso había creído Oltyx. Al parecer, este superviviente había encontrado el límite de las capacidades de su guarnición. Probablemente pensara que tenía suerte. Pero Oltyx le demostraría que se equivocaba.

Se cernió sobre él, de nuevo inmóvil como las columnas de la entrada, mientras esperaba a que la criatura levantara la mirada. Cuando fue despojado de su título, hubo de someterse a un rito de exorciación, que arrancó el brillante acabado en plata de Ithakas de su coraza. Debajo quedaba la basta subcapa de su necrodermis, áspera como la roca magmática y oscura como la noche, cubierta de los agujeritos de sus nodos de descarga, que se extendían por ella como constelaciones de ascuas verdes. No obstante, para el grohtt resultarían invisibles, eclipsados por el fulgor de la cartela glífica de su tórax: el símbolo dinástico, iluminado directamente por el fuego de su núcleo. Y, por encima, el torvo resplandor de sus oculares mientras miraba al alienígena con desprecio.

Oltyx obligó a la mansa estrella compacta de su núcleo a arder en cotas de intensidad más altas, al irradiar aún más energía a través de su flujo, para que sus luces comenzaran a pasar del verde a un blanco abrasador. Mientras el reactor retumbaba, la nieve sucia comenzó a sisear mientras se convertía en vapor en aquellos puntos donde sus ráfagas rozaban la coraza de Oltyx, convirtiendo su ira en algo tangible.

Aunque era escaso remedio para la profanación, al menos se aseguraría de que ese desgraciado pasara sus últimos momentos impresionado y presa del terror.

El grohtt levantó un poco la mirada hacia él, entrecerrando los ojos rojos sobre la extensión de su horrible napia, y enseñó las serradas protuberancias amarillas que eran sus dientes. Miró a Oltyx durante mucho tiempo, temblando de frío mientras se moría, pero no parecía especialmente impresionado. En todo caso, parecía confuso. Finalmente, con una carcajada que se convirtió en una húmeda y atormentada tos, escupió un gran pegote de mocos negros sobre su placa podal.

Eso fue suficiente para que, por fin, Oltyx transmutar su enfado en furia. Empezó como algo cognitivo: una cuestión de estados lógicos de rápido colapso, represiones y fallos de inducción en cascada. Pero su cuerpo y su mente ya no estaban realmente separados y pronto la discordia bulló a través de él con las turbulentas corrientes de su flujo nuclear. Junto a ella vino la sensación fantasmal de otrora haber tenido *sangre*, y la repulsión inesperada arrebató a Oltyx lo que le quedaba de autocontrol. Su suela aplastó el cráneo de la criatura y el grohtt lo manchó aún más con un chorreón de fluido craneal, con lo que unos patrones de furia sacudieron sus nodos de descarga a través del vapor que los envolvía.

Cuando se dio cuenta de que los coágulos de sangre le habían salpicado la placa de la pierna, su submente doctrinal se escandalizó.

¡*C*rne!*, aulló, antes de descender a un horrorizado murmullo de *tabú, tabú, tabú*, mientras ponía en cola en su nodo intersticial la invocación de una innecesaria cantidad de escarabajos limpiadores. Pero Oltyx canceló la lista de tareas entera. Después de que la submente hubiera pasado tanto rato fastidiándolo con el tema del honor perdido, estaba más que dispuesto a soportar la inmundicia, aunque solo fuera para hacer sufrir a ese pequeño fantasma pomposo. Sin embargo, había otras consecuencias pendientes, así que silenció los gritos de la submente.

—¡Pretor Neth! —tronó por encima del aullido del viento, y el áspero hierro de su voz reverberó sobre los frisos nevados de la pared del Osario. —Ven, guardián, y rinde cuentas.

Para un mortal, el pretor habría sido una visión terrorífica. Neth, que era casi tan alto como el propio Oltyx y más ancho de hombros,

había sido plebeyo en vida, pero había servido con lealtad y empeño suficientes para ganarse una eternidad de servicio consciente como guardián de la plaza fuerte de Sedh. Sospechaba que el pretor se consideraba a sí mismo una especie de vargard del trono nomárquico... pero, si lo hacía, se equivocaba. Oltyx podía haber sido degradado hasta ese puesto, pero sus estándares seguían siendo los de un kynazh: los individuos de la calaña de Neth nunca valdrían para nada más que dirigir en su nombre a las descerebradas tropas campesinas. Y, en este caso, las directrices no podían haber sido más sencillas: le había dado a Neth quince de las legiones de guerreros más intactas y órdenes de que mantuviera la línea al borde del Témenos.

Pero Neth era un idiota con la mente llena de agujeros. Debido al deterioro causado por la ataxia de patrones que aquejaba a tantos, ya estaba en mal estado cuando Oltyx lo heredó junto con la guarnición, y con el tiempo no había hecho sino empeorar. Ahora, normalmente no podía apenas mantener la coherencia de una frase, por no hablar ya de una línea de soldados. Y, al igual que los otros incontables individuos que se encontraban en su estado o peor, no podía ser reparado.

Neth también lo sabía. Oltyx veía su bochorno en la forma en que le colgaba la cabeza mientras caminaba a través de la nevada. El pretor estaba... *encogido*, sus nodos de descarga se ondulaban con patrones de vergüenza que solo servían para avivar la violencia que latía en el núcleo de Oltyx. Incluso el grohht se había enfrentado a él con más coraje, pensó el nomarca, mientras Neth se arrodillaba ante él con un chirrido de articulaciones carcomidas por el tiempo.

—M-mil disculpas, mi señor —graznó el pretor, cuyos actuadores tartamudeaban y distorsionaban las palabras—. P-pero es que... s-son... *muchos* y las f-falanges están demasiado esp... p-parcidas por el frente. Nos...

—Tenías la orden de apañártelas con lo que se te había dado, pretor —dijo Oltyx con un retumbar estentóreo, subrayado por el siseo de los copos de nieve sobre su guja, que un protocolo de exhumación le había traído a la mano desde el apéndice dimensional que le servía de vaina—. Mis palabras fueron claras: *nada* debía traspasar la línea. Repite el resto de mi orden, pretor.

—Mi nomarca, se lo... suplico...

—¡Repíte mi orden! —escupió Oltyx, con los actuadores vocales zumbando por la fuerza de su ira, mientras tiraba a Neth al suelo con un golpe del extremo romo de la guja. El pretor no dijo ni una palabra mientras caía estrepitosamente tres escalones más; solo se incorporó rígidamente hasta volver a quedar arrodillado. Su lentitud era desesperante de ver, pero no era el momento de dejar que la compasión arraigase.

—Estas p-p-piedras sagradas no deben ser ma-mancilladas —recitó el pretor desesperadamente—, hasta que y-y-y-y-yo mismo haya caído en su defensa.

—Y, aun así, las piedras están mancilladas —razonó Oltyx, señalando con un gesto el cadáver—. *Insuficiente*. —Dejó que el silencio se prolongase y, cuando volvió a hablar, que la vibración de sus actuadores adoptara la suavidad de un profundo presagio—. No obstante, no todo está perdido. Parece ser que aún hay una contingencia abierta para ti, pretor, que te permite honrar el espíritu de mi orden. Al menos, en retrospectiva.

Neth tardó un momento en seguir el razonamiento de su señor, pero llegó.

—Así sea —dijo el pretor, con una voz como el susurro del polvo en una tumba, mientras inclinaba su gastada placa facial en súplica—. P-pagaré gustosamente ese p-precio, por honor.

Lenta, lúgubrementemente y ante la mirada de nadie, pues las filas de guerreros sin mente tenían la mirada perdida en las nubes del horizonte, Oltyx levantó su arma. Satisfecha al fin, al menos en comparación con su estado habitual, Doctrinal amontonó glifos de elogio en el margen de su visión.

Mi señor actúa como un verdadero gobernante, le dijo la submente. Su forma de expresarse era condescendiente y relamida. Pero estaba en lo cierto. Al fin y al cabo, por algo era la número uno de sus yoes compartimentados. Estos terribles momentos de dureza, donde la corrección precedía a todo sentimentalismo, eran los momentos en los que sabía que seguía siendo un líder: que aún podía ser grande, pese a la vergüenza infligida por Unnas.

Los oculares de Neth parpadearon un momento y un débil escalofrío en el nodo intersticial de Oltyx le dijo que el pretor había anulado su protocolo de reanimación. Cuando lo desconectara, sus patrones no se

trasladarían de vuelta al corazón del Osario para su reconstrucción. El guerrero inmortal se estaba preparando para la muerte. Con horror, Oltyx descubrió que su ira se estaba aplacando ante la humildad del pretor. *Neth lo ha hecho lo mejor que ha podido*. Los guerreros de la guarnición se estaban volviendo más obtusos y lentos con cada año que pasaba; ¿qué tenía de extraño que sus tropas no hubieran alcanzado la perfección? Y, aun así, ahí estaba él, dispuesto a morir como penitencia por no estar a la altura.

Oltyx detuvo los pensamientos antes de que pudieran convertirse en compasión. La compasión era la voz de la debilidad, lo sabía. No podía excusar a sus inferiores. Puede que ya no fuera kynazh, pero seguía perteneciendo a la realeza. Sus órdenes no eran peticiones, sino descripciones de hechos. Si el universo no se adecuaba a su verdad, sus súbditos tenían el deber de reformarlo hasta que lo hiciera. Fracasar en esa tarea era como llamarlo mentiroso... o, aún peor, negarle su *heka*, la preponderancia de su voluntad sobre la realidad. Ninguna de las dos cosas era admisible.

Oltyx levantó la guja.

Pero, antes de que la hoja pudiera impactar, una luz cegadora brilló a través de su búfer óptico, acompañada de la sensación de que le arrebatában el control de sus miembros. Sus brazos tuvieron un espasmo y el golpe fue a parar muy lejos del cuello del pretor.

No. La voz vino de su partición estratégica y era casi indistinguible de la voz de sus propios pensamientos: al fin y al cabo, era prácticamente eso. La submente estratégica era la segunda de sus cinco e, igual que la primera, en la partición doctrinal, y la quinta, en la xenológica, era un duplicado parcial, encadenado, de su propia consciencia.

No debemos, afirmó.

«Eso ha sido inusual», pensó Oltyx, demasiado sorprendido para ofenderse mientras conectaba los hechos. «¿Ese espasmo lo ha provocado Estrategica?». Era imposible, por diseño, que sus yoes-reflejo subordinados intervinieran en las funciones de sus actuadores... o, ya que estábamos, en ninguno de los sistemas vitales de acceso restringido solo a él.

Al menos, *debería* haber sido imposible. Tendría que hablar de eso con Mentep, el engramante que había forjado las submentes. Cuando regresara, claro estaba. Fiel a la naturaleza de su casta, su criptecnólogo

de cabecera se desplazaba por el espacio local como una pieza en un tablero que solo él podía entender y había desaparecido hacía unos días por un asunto no especificado. Por el momento, Oltyx supuso que tendría que dejar que Estratégica se explicara antes de hacerle nada drástico; al fin y al cabo, posiblemente fuera la copia de sí mismo que menos despreciaba.

«Por favor, explícate», pensó ácidamente Oltyx a la segunda submente, mientras ponía en cola calladamente la reescritura encriptada de todos los actuadores cinéticos de su cuerpo.

Usted mismo preguntó, señor, por qué los orkos han enviado a sus esclavos a morir en nuestro frente, informó Estratégica, en su tono sucinto habitual. Ahora lo sabe. Esperaban sembrar el desorden. Los orkos son crueles, pero no estúpidos. Conocen nuestro orgullo; cuánta división puede provocar que algo tan bajo como un...

«Grohtt», dijo la submente xenológica con desdén, incapaz de resistirse a mostrar un glifo de asco, pues su fascinación por los Impuros solo encontraba parangón en su odio hacia ellos.

... atravesara nuestras líneas. Ahora ha ocurrido. Por el precio de un esclavo, habrán matado a un general.

Neth ya no es adecuado para su tarea, submente. Lo sabes.

Quizá... pero ¿quién mejor hay para reemplazarlo?

Un manto de sombría comprensión cayó sobre Oltyx, como la nieve venenosa que se depositaba sobre su coraza, cada vez más fría, al darse cuenta de que la mente estratégica tenía razón. Estaba tan acostumbrado a despreciar a Neth que tendía a olvidar que el pretor seguía siendo el recurso más competente bajo su mando directo. Ciertamente, Oltyx tenía acceso a toda una comunidad de exiliados, desviados y vagabundos en este patético mundo fronterizo, y muchos de esos señores tenían miles de soldados bajo su mando. Pero no eran *suyos*. Como había sido despojado de su realeza junto con su plata y solo disponía del título de nomarca, los nobles de Sedh eran aliados con los que razonar, no súbditos a los que comandar.

Bajo la rígida jerarquía de la dinastía, pues, sus únicos recursos eran las tres tesarías de la guarnición, con treinta y cinco decurias repartidas entre ellos. Cincuenta mil soldados, en teoría, junto con los destacamentos de apoyo de constructos canópticos y máquinas de guerra. En la práctica, no obstante, casi un cuarto de la guarnición había caído

ante la maldición y apenas un tercio de los restantes (quizá quince mil guerreros) aún funcionaban con algún grado de eficiencia real. La red de mando de la guarnición se encontraba en un estado todavía más lamentable y los diversos comandantes subsidiarios estaban tan deteriorados que hacían que, en comparación, Neth pareciera tan sagaz como el propio Orikan: casi todos se habían sumido en el desconcierto de la degeneración engramática o en la locura de la maldición.

Por tanto, a pesar de que fuera un fracaso, Neth seguía siendo demasiado valioso para desperdiciarlo... aunque el protocolo exigiese su eliminación. Oltyx ya sabía esto a un nivel racional, pero no había sido capaz de ver la verdad a través de la ira, que, cuando se hacía lo bastante densa, resultaba indistinguible de la rectitud. Esa era la razón por la que había encargado a Mentep que mejorase su mente, supuso. Aunque le gustaba más cuando sus submentes no... intervenían de manera tan directa en su toma de decisiones, a veces veían verdades que a él se le escapaban. Aunque el liderazgo conllevaba poner la corrección por encima de los sentimientos, al menos en opinión de Oltyx, la genialidad yacía en saber cuándo poner la *razón* por encima de la corrección.

Djoseras, el kynazh mayor de su casa (y, por tanto, el heredero del dinasta Unnas), habría estado horrorizado. Pero Djoseras siempre había estado horrorizado cuando se trataba de Oltyx. Mientras el más joven de los dos confiaba en el pragmatismo, el mayor creía en la corrección por encima de *todo*. Esa era la razón por la que habían caído en la disputa que había acabado llevando a que Unnas exiliara a Oltyx y la razón de que Djoseras se hubiera hecho a un lado, dejando que lo proscibieran, pese a la injusticia de la sentencia. Oltyx se recordó que no debía nada a ese mojigato pedante, mucho menos su consideración. Al menos, el exilio puso sus decisiones en sus manos, lejos de las críticas constantes del vástago mayor.

Le perdonaría la vida a Neth. Pero mientras bajaba su guja permaneció callado y con la mente en blanco, reacio a dejar que Estratégica tuviera la satisfacción de saber que tenía razón.

Me alegro de que haya hecho caso a mi sugerencia, señor, dijo la submente de todas formas, añadiendo un glifo de leve diversión a la frase, ya que no había conseguido engañarlo en absoluto. **Ahora mire al horizonte: verá por qué se la he ofrecido.** Después de eso se retiró a su partición y Oltyx, furioso por su insubordinación, echó una meta-

fórica llave tras ella, para ponerla bajo un sello de silencio hasta que se le pasara. Esa maldita cosa iba a tener que pedir permiso antes de volver a hablar con él.

Mientras tanto, Neth seguía esperando pacientemente la muerte. Si el guardián estaba confuso por la aparente misericordia de Oltyx, no se atrevía a demostrarlo. No importaba; ese idiota podía seguir esperando. Fuera cual fuera la opinión de su partición estratégica, Oltyx no iba a permitir de ninguna manera que el pretor se librara de todas las consecuencias. Bullendo de renovada irritación, encargó a su tercera submente (Combatiente, que se paseaba por su partición como una bestia, gruñendo más que hablando) dilucidar cómo de grave podía ser la paliza que le diera a Neth y que aún fuera reparable. Combatiente se puso a la tarea con deleite.

Entonces envió por fin los escarabajos limpiadores, ya que el flemático tejido neural del grohtt estaba empezando a congelársele sobre la pierna y lo asqueaba hasta lo más profundo. Por último, y con la pequeña satisfacción de dejarlo para el final, siguió la sugerencia de Estratégica y miró al horizonte.

«Ah», pensó Oltyx entonces, mientras rescindía en silencio la orden que le había dado a la partición de combate. Parecía que iba a necesitar a Neth listo para la batalla un poco antes de lo esperado. Los orkos, por fin, estaban en marcha.